

# Homenaje a José Ignacio Tellechea Idígoras

## Diputación Foral de Gipuzkoa y Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

### 3 de febrero de 2009



Habiéndose celebrado el pasado 3 de febrero de 2009 el homenaje y reconocimiento público que la Diputación Foral de Gipuzkoa y la propia Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País tributó a quien fuera miembro activo y Director de su *Boletín*, Don José Ignacio Tellechea Idígoras, la Dirección de la Sociedad ha decidido insertar en sus páginas las diversas intervenciones que se expusieron en el Salón del Trono del Palacio Foral, ante el numeroso público allí congregado, para futura memoria de quienes le conocimos y tratamos, y para testimonio vivo de generaciones futuras. Goian Bego.



## TELLETXEA JAUNAREN OMENEZ

Jaun-andreok

Atsegin handia da guretzat Gipuzkoako Foru Aldundiaren etxe honetan ospatzea Jose Inazio Telletxearen oroimena, eta atsegin handia da, baita ere, ekitaldi honetan erakundeen izenean aritzea, gure historia hobeki ezagutzeko halako lan eskerga egin zuen gipuzkoar bikain honen nortasuna aitortu eta lana eskertu beharra baitago.

Nire aurretik izan diren ahots jantzi eta jakintsuek nik egin nezakeena baino agitzez hobeki jorratu dute Inazio Telletxearen ekarpen izpiritual, gizatiar eta intelektuala, hurbiltasunez eta adiskidetasunez gehienetan, nik egin dezakedanaz baino askoz ere autoritate handiagoz.

Utziko didazue, baina, umiltasun handienaz, nire eginkizunaren ikuspegitik laburki mintzatzea, Telletxeak halako grinaz landu zuen Historiak, letra larriz idazten den hitz handi horrek, gaur bildu gaituen ekitaldi honetan lekua izan behar baitu.

Permitidme, por tanto, que un breve apunte sobre la historia de la Diputación Foral tenga un pequeño protagonismo en este merecido homenaje a Ignacio Tellechea. Él, que tanto la estudió y tan bien la conocía.

Porque, efectivamente, desde finales del medioevo Gipuzkoa, “la Provincia”, como era entonces denominada, se gobernaba a través de sus propias instituciones y éstas, ya para el siglo XVI, habían creado la figura del Diputado General. Cargo que, tras una honrosa y larga secuencia de casi 500 años tengo el honor de ocupar.

Les puedo hablar, pues, no desde una experiencia propia histórica, obviamente, pero sí desde una de las instituciones políticas históricas europeas más antiguas.

¡¡Qué mejor homenaje al historiador cuya memoria hoy celebramos!!

Porque además, una parte importante de mis predecesores también se involucraron en el fomento de las artes y las letras, en la edición de textos literarios e históricos.

La Diputación Foral y los Diputados Generales de manera expresa, mucho antes de esta última época democrática, han apadrinado la investigación histórica y han apoyado numerosas empresas.

Si en 1696 el Diputado General Miguel de Aramburu imprimía en su propia casa de Tolosa la Recopilación Foral, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, la Diputación nunca quedó al margen de las iniciativas investigadoras, eruditas o literarias de los guipuzcoanos.

Desde el apoyo al Padre Larramendi, cuya obra tan bien conocía, y editó, Tellechea, o de Antonio M<sup>a</sup> de Zavala, autor del rescate del libro aún hoy valioso de Lope Martínez de Isasti, la lista podría ser muy larga, y abarcaría, de una manera u otra, la mayor parte de los historiadores y escritores euskaltzales de los siglos XIX a XX.

El Archivo General de Gipuzkoa conserva una buena cantidad de documentación sobre estas cuestiones, como muchos de Uds, además de nuestro homenajeado, conocen bien.

Norberaren historia ezagutzea nahitaezkoa da, ezinbestekoa, oinak lurrean ongi finkaturik aurrera egin nahi baldin badugu, lur horren gainean geruza moduan ezarri baitira gertakariak, historiak, egintza garrantzitsuak, Jose Inazio Telletxearen moldeko historialariek aztertu eta interpretatu beharrekoak.

Horrenbestez, garaiak asko aldatu baldin badira ere, eta herrialde zibilizatu guztietan bezala, jarduera intelektual eta historiografikoa beste esparruetan lantzen baldin badira ere, Aldundia ez bailitzateke, zentzu hertsian harturik, beharrezkoa, uste dugu garrantzizkoa dela gaur-gaurkoz Gipuzkoako gobernuak jakintza historikoa bultzatu eta hedatzen laguntzea.

Hola jasotzen da, adibidez, gure Kudeaketa Planean *Gure Lurraldea, Kultura eta ondarea indarberritzea eta guztientzat irisgarri izatea* deitzen dugun horretan, alegia.

Alderdi hori nabarmendu nahi nuke, sinetsirik baikaude herritarren artean iraganaren jakintza hedatzea, eskubide bat asetzeaz gain, jendearen adimena zabaltzeko modu bat dela, zorrotasuna eta partaidetza eragiteko modu bat, gure oraina eta geroa hobetzeko modu bat.

En esta clave quisiera situar la colaboración que se va a establecer entre esta Diputación Foral de Gipuzkoa y la Fundación que en torno a la personalidad y obra de José Ignacio Tellechea se ha creado recientemente.



Panorámica del acto

Creemos que esta decisión nuestra es coherente con lo que hasta aquí hemos dicho, como coherente es también la creación por parte de esta institución de una beca de investigación histórica en memoria de José Ignacio Tellechea.

Amaitzeko, eskerrak eman nahi dizkizuet ekitaldi honetan partaide izan zareten guztioi, bai nirekin batera mahaikide zaretenoi, bai aretoa betetzen duzuenoi, baita ezin etorria izan dutenei ere.

Bereziki eskertu nahi diet Maria Angeles Telletxeari eta bere familiari eman diguten berotasuna, lankidetzaz, zuzentasuna eta adorea, Gipuzkoak orimenean izan dezan, orain eta gero, XX. mendeko gipuzkoar eta historialari gailenetako bat.

Mila esker.

*Markel Olano Arrese*  
Diputatu Nagusia

OMENALDIA / HOMENAJE A  
JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS  
Donostia-San Sebastián (13-IV-1928 / 8-III-2008)

Diputado Nagusia, Donostiako Gotzaina, Agintariak, Jaun Andreok, Lagunak, Arratzaldeon gustioi.

Quiero empezar dando las gracias a la REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS por invitarnos a participar en este acto. Para el Orfeón es un honor tomar parte en este homenaje de Gipuzkoa a José Ignacio, Socio de Honor y Amigo especial del Orfeón.

La relación entre el Orfeón y José I. Tellechea Idígoras se recoge principalmente en tres colaboraciones:

- 1- El Prólogo, a la Historia del Orfeón Donostiarra 1897-1978 escrita por su amigo Miguel Pelay Orozco titulado MÚSICA SEMBRADA.
- 2- Su trabajo “Evocación de un Episodio del Orfeón” dedicado a la entidad en su onomástica centenaria.
- 3- El Prólogo de “ARMONÍA SIN FRONTERAS” complemento de la obra de Miguel Pelay Orozco en la que de forma esquemática se sintetizan los 25 años siguientes del ya centenario Orfeón.

Me voy a referir a su Prologo MÚSICA SEMBRADA joya literaria admirable y admirada por todos los que han tenido el gozo de leerla, ya que fue *el 19 de Diciembre de 1980* cuando, con ocasión de la presentación del libro de Pelay Orozco, se hizo entrega del nombramiento de Socio de Honor del Orfeón Donostiarra a la C.A.M., a Miguel Pelay Orozco y a Juan Antonio Garmendia.

El cuarto nombramiento, el de José Ignacio, no pudo realizarse por estar convaleciente de una enfermedad.

Según rezan los Estatutos del O.D.: “Esta distinción será otorgada para premiar a aquellos que hayan contribuido especialmente, mediante hechos, servicios y actos meritorios, en el desarrollo de las actividades de la Entidad, bien con la prestación de servicios extraordinarios de cualquier clase o realizando o colaborando en actos que sirvan para fomentar la difusión de sus manifestaciones musicales, etc. etc.”.

El fenómeno coral vasco es algo que le atraía y así lo plasma en su magnífico PRELUDIO “LA MÚSICA SEMBRADA” a que antes hemos hecho referencia.

Cuando bautizó el citado Preludio con el título de MÚSICA SEMBRADA no sabía, como él mismo reconoce, que por los años 1935 el poeta Gerard Diego había sentenciado ocasionalmente que “Cantar es sembrar”.

Tres vascos un Orfeón - Tres eran los que en el Colegio Italiano de Roma cantaban polifonía sacra en la capilla y animaban las excursiones. Su paso por la Schola Cantorum del Seminario de Vitoria, su pertenencia a un quinteto, a un ochote, las muchísimas horas consumidas repentizando partituras por el puro gusto de cantar, hicieron fácil su comunicación con las masas corales y con el Orfeón del que admiraba

- Su masa de cantores
- Sus éxitos dentro y fuera de casa
- Su proyección nacional e internacional
- Su masa cambiante de personas

y lo calificaba como el patrón fundamental y paradigmático del hecho coral vasco, llegando a decir que el cantar del Orfeón es sementera de belleza.

José Ignacio además de admirar al Orfeón era Su AMIGO / AMIGO ESPECIAL

Fue precisamente, creo que en este salón, cuando con ocasión de la entrega de la Medalla de Oro de Gipuzkoa al Orfeón Donostiarra, el 19 de Diciembre de 1985 y en el marco del Año Internacional de la Música cuando hacia constar en su discurso, no estar “en virtud de santa obediencia” como los jesuitas antiguos, sino, “en virtud de *santa amistad*” para el Orfeón Donostiarra, personificada en Antxon Ayestaran. Cómo me podía permitir, se preguntaba, la crueldad de empañar, siquiera fuese levísimamente, con mi negativa aquella jornada gloriosa.

En dicha jornada su admiración por el Orfeón, acompañada de la demostración de amistad que acabo de mencionar, le llevó a decir:

“el Orfeón Donostiarra recibe hoy el reconocimiento de Gipuzkoa, su más alto galardón, la medalla de oro, aunque es verdad que todo el oro del mundo es poco para premiar la cascada copiosa de belleza musical que el Orfeón ha sembrado y sigue sembrando entre nosotros y, representándonos por el ancho mundo”.

Perdón por tanta inmodestia, pero me ha parecido la mejor manera de justificar que la relación entre el Orfeón y el Académico era, a través de estas definiciones, prueba del cariño que tenía por nuestra institución a la que no siempre fue fácil corresponder.

Hoy también, nosotros estamos aquí por “SANTA AMISTAD”

En el saludo que dirigí el 27 de octubre de 2007 a los asistentes al concierto de la celebración del 110 aniversario tuve la oportunidad de recordarle; su dolencia se había agravado y no pudo asistir, utilizando sus propias palabras. “Cantan como los ángeles se dice del Orfeón” y añadía “¿No sería más acomodado decir que los ángeles cantan como el Orfeón?”.

Estoy seguro de que ya habrá tenido oportunidad de comprobarlo y, por si acaso, dentro de breves momentos podrás reunirlos a tu lado y hacer la oportuna comparación.

HA SIDO UN HONOR TENERLE COMO AMIGO

*José M<sup>a</sup> Echarri*  
Presidente del Orfeón Donostiarra

*VINCULACIÓN DE J.I. TELLECHEA  
AL BOLETÍN DE LA RSBAP*

Pocas veces ha sido tan justa y unánime la decisión de la Junta Rectora de la Comisión de Gipuzkoa de la RSBAP al acordar hacer un acto-homenaje a un miembro irreplicable de la misma, al año casi de su fallecimiento, como es el caso de José Ignacio Tellechea Idígoras.

La necesaria parcelación de los temas a asignar, tan variada y extensa fue su trayectoria vital y académica, ha llevado a su Presidente a asignarme el tema de la vinculación de José Ignacio al Boletín de la Sociedad, que él tanto amó, defendió e impulsó a lo largo de su dilatada vida.

Y aunque es cierto que José Ignacio animó con su presencia en diversos Comités de Redacción otras revistas científicas, tales como *Salmanticensis*, *Diálogo Ecuménico*, *Revista Española de Teología* o *Archivo Italiano di Storia della pietá*, y dirigió otras, como la propia *Salmanticensis* (1971-1974) o el *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, ésta desde su fundación hasta su muerte (1967-2008), va a ser el Boletín de la RSBAP, creada en 1945, donde se irá forjando su pluma en la temática no teológica o religiosa (que seguirá otro curso) y desarrolle desde abajo sus tareas gestoras.

El hecho es que la vinculación de José Ignacio Tellechea al Boletín de la RSBAP es muy larga (55 años), muy intensa y antigua. Se inició en 1953, un





Salón del trono y mesa presidencial

año después de ordenarse sacerdote, y mantuvo la misma hasta su muerte el 8 de marzo de 2008.

Dicha vinculación se desarrolló en 3 líneas:

- 1<sup>a</sup>) como autor
- 2<sup>a</sup>) como gestor
- 3<sup>a</sup>) como mentor

### **1.<sup>a</sup> Como autor**

Se inició con su participación con su primer artículo histórico titulado “*Elogio de Juan de Idiáquez por el Cardenal Guido Bentivoglio*” (1953). En él se atisban ya 3 de las líneas de investigación en las que centró José Ignacio su actividad investigadora a lo largo de su vida: Guipúzcoa, la Corte y la Iglesia.

A partir de entonces, aunque de forma un tanto espaciada [debido, sin duda, a sus estudios en Roma y Madrid, y a su intensa actividad docente en San Sebastián, Madrid, Vitoria y Salamanca], mantendrá a lo largo de su

vida una presencia destacada en el Boletín, con la publicación de artículos de carácter histórico, especialmente en el apartado de “*Miscelánea*”, que él tanto defendió como foro de difusión de la investigación de aquellos datos o documentos de especial interés que no podían esperar a conformar un estudio más extenso.

Hemos contabilizado un total de 82 aportaciones, de muy variado contenido y extensión, de José Ignacio a nuestro Boletín, siendo especialmente notable su aportación el año 1966...

## 2.ª Como gestor

Como gestor en los órganos de gobierno del Boletín aparece ya en 1973, cuando su *Director Gonzalo Manso de Zúñiga* constituye por primera vez en la historia del Boletín un **Comité de Redacción**, del que formarán parte importantes hombres de la cultura vasca (especialmente guipuzcoana): Fausto Arocena, José M<sup>a</sup> Aycart, José Luis Banús, José Berruezo, Julián Martínez, Luis Michelena, Álvaro del Valle Lersundi, Joaquín de Irizar y el propio José Ignacio Tellechea.

El ascenso a la Dirección del Boletín de *Julián Martínez*, en 1980, reducirá temporalmente el Comité (al que seguirá vinculado José Ignacio, con Aycart y Michelena), hasta que en 1983, **junto al Comité de Redacción** (integrado por el mismo José Ignacio, además de por Iñaki Zumalde, Andrés de Mañaricua y José M<sup>a</sup> Ibarrondo), **surgirá un Comité de Administración** (que estará integrado, a su vez, por Aycart, Juanito Garmendia, José Antonio Echenique, Juan Antonio Zárate y Pérez de Arrilucea, y Gaizka Uriarte).

En este estado se mantendrá el gobierno del Boletín hasta 1990 en que, junto al Director (que seguirá siéndolo *Julián Martínez*), surge un **Equipo de Dirección** (integrado por Montserrat Gárate [la primera mujer que participará en los órganos de gobierno del Boletín] y el mismo José Ignacio Tellechea), y un **Consejo de Publicaciones** amplio (integrado por el propio Aycart, Miguel Unzueta, Juan Ignacio de Uría, Juan Antonio Zárate, José Ignacio Vegas, Antonio Ortiz de Urbina, Jesús Oleaga, Rafael Barbier, Rafael Ossa, Juanito Garmendia, Iñaki Zumalde, José Manuel Martínez Miner, y Emilio Palacios Fernández).

Pero va a ser en **1993** cuando José Ignacio asuma la máxima responsabilidad en la **Dirección del Boletín** (que desempeñará hasta el final de sus días), asistido como Subdirectora, por Montserrat Gárate, y, como secretaria, por Maite Recarte.

Junto a ese trío surge la figura de los **Vocales**, combinando antiguos y nuevos miembros en el equipo director del Boletín (en concreto: José M<sup>a</sup> Aycart, Rafael Barbier, Camino Urdiain, Juanito Garmendia, Juan José Ortiz de Mendivil, Rafael Ossa, José M<sup>a</sup> de Urkía e Iñaki Zumalde).

5 años después (en 1998) accederá a la secretaría Urkía y se reducirá la vocalía a José M<sup>a</sup> Aycart, Juanito Garmendia, Luis M<sup>a</sup> Múgica y Maite Recarte (que dejará de formar parte del equipo en 1999).

Y así permanecerá el equipo directivo del Boletín hasta el 2º semestre del año 2001 en que, tras dejar la secretaría José M<sup>a</sup> de Urkía y acceder yo a la misma, el equipo de vocales se alterará y ampliará, quedando integrado por el propio Urkía, Rosa Martín Vaquero, Sebastián Aguirretxe, Emilio Múgica, Guillermo Echeberria, Emilio Palacios Fernández, José María Aycart, Juanito Garmendia y Luis M<sup>a</sup> Múgica, incorporándose al grupo el 2008 Xabier Orue-Echeberria.

La muerte de José Ignacio el 8 de marzo de 2008, y la necesidad de asegurar la continuidad del Boletín, movió a la Junta Rectora de la Comisión de Gipuzkoa a nombrarme, en sesión de 29 de abril, Directora de la misma.

Como tal, si he de valorar la vinculación o implicación de José Ignacio Tellechea con el Boletín no puedo dejar de decir que ésta ha sido enorme...

José Ignacio no sólo ha sido miembro de su equipo de dirección desde 1973, en que se constituyó por primera vez un órgano colegiado de gobierno, sino que ha sido (con José María Aycart) el miembro más antiguo y permanente. Han sido, pues, 35 años continuos, sin interrupción alguna, participando activamente en la buena marcha del Boletín..., más de la mitad de su vida (pues se fundó en 1945)... y, de ellos, 15 años (desde 1993) como máximo responsable del mismo...

Como tal Director, al comenzar su nueva responsabilidad, y conmemorando el 50 aniversario del inicio de la llamada “Tercera Época” de la Sociedad (1943-1993), José Ignacio:

- 1) cambió el formato del Boletín,
- 2) impulsó la publicación de unos utilísimos índices (1945-1992), elaborados por Jesús Elósegui y José M<sup>a</sup> Rodán, a quienes tanto debemos quienes consultamos el mismo, y
- 3) comunicó su deseo de ser fiel a sus principios, al tiempo que anunció que trataría de mejorar *“siempre al servicio de sus lectores, e intensificando su amor al País”*.

En esa “aventura” responsable José Ignacio no ha estado sólo. Ha sabido vincular e implicar a muchas personas en su proyecto, y eso ha hecho que en la “*Evaluación de la calidad de las Revistas Españolas de Humanidades y Ciencias Sociales (ERCE)*” realizada por el Grupo de Investigadores de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Zaragoza y de la Universidad Complutense de Madrid, en colaboración con el grupo de Universidades G-9, en un proyecto de investigación subvencionado por el Ministerio de Cultura y Turismo, valorara nuestro Boletín, el año 2006, con una puntuación de un 8’5...

Pero es más, hoy nuestro Boletín, uno de los más antiguos “vivos” del País Vasco, con una presencia mayoritaria de la Comisión de Gipuzkoa, órgano vital de la Sociedad, difusora de su amplia e importante actividad cultural, abierta a “todos” y cada uno de los “Amigos del País”, con más de 1.000 suscriptores, con proyección dentro y fuera del País, especialmente en España e Hispanoamérica, ha alcanzado (y así se le ha reconocido) los estándares de calidad exigidos para su inclusión en la base de datos del ISOC, del Centro de Información y Documentación Científica (conocido como CINDOC), del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia).

Y en esa línea de mejora y elevación de su *estandar* de calidad nos hallamos hoy inmersos.

### **3.ª Como mentor**

Pero si el futuro de un proyecto es la gente que está dispuesta a colaborar en él, he de decir que José Ignacio fue, además, un mentor muy importante para varias generaciones de nuevos investigadores que han visto en las páginas del Boletín el cauce de difusión de sus estudios, el trampolín de empresas más ambiciosas e importantes y, en suma, la posibilidad de manifestar su “Amor al País” colaborando, cada cual en su campo, en un mayor y mejor conocimiento de nuestro ser, de nuestra cultura y nuestro pasado.

*Mª Rosa Ayerbe Iribar*  
Directora del Boletín de la RSBAP

*HOMENAJE A JOSÉ IGNACIO TELLECHEA*

Señoras, Señores...

Amigos todos, del País y del inolvidable José Ignacio.

José M<sup>a</sup> Urkia, como Presidente de la Comisión de Gipuzkoa de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, me ha hecho el honor de confiarme una breve participación en este emocionante acto, representando en cierto modo, a la Junta Rectora y a dicha Comisión Gipuzkoana.

Se lo agradezco muy sinceramente.

Entiendo que para tal designación ha tenido en cuenta la íntima y estrecha amistad que siempre mantuve con José Ignacio y, especialmente, en relación con diversos hechos y circunstancias de su estudio e investigación sobre la Historia Donostiarra y Gipuzkoana, así como con distintas y variadas etapas de esta Sociedad Bascongada y, esencialmente, sobre sus diversas actuaciones, creaciones, promociones, estudios y publicaciones, de esta Sociedad ilustrada.

Había terminado la Guerra Civil, y en Septiembre de 1939 coincidimos como estudiantes del largo bachiller de la época en el Instituto Peñaflovida.

Cuántas veces hemos recordado en nuestras conversiones aquellos tiempos y a aquellos Profesores y Catedráticos: D. Rufino Mendiola, D. Antolin Mendiola, D. Juan Pérez Cuadrado, Don Vicente Francia, y a toda una larga lista de los componentes de aquel magnífico claustro.

Muy pronto, en 1940, creo recordar, José Ignacio ingresó en el Seminario Menor de Bergara y prosiguió su larga e intensa carrera sacerdotal, mientras quien os habla continuó sus estudios en el propio Instituto, en el vecino Colegio del Sagrado Corazón y en diversas Universidades hasta culminar en Salamanca.

El tiempo pasa, –corre y vuela diríamos más exactamente–, pero en 1963 y con motivo de las denominadas Conmemoraciones Centenarias de esta Ciudad, (*Ciento cincuenta años desde su incendio y destrucción y de su renacimiento en Zubieta, y cien años después del derribo de sus murallas y su ejemplar expansión*), se consolidaron nuestros contactos y nuestra amistad.

Dentro de mi cometido y tarea como Comisario de las mencionadas Conmemoraciones, me correspondió intervenir muy directamente en la organización y montaje de un amplio Ciclo de Conferencias, 31 en total,

que paradójicamente llevaba por título el de “Curso Breve sobre la vida y milagros de una Ciudad”. Cuatro meses seguidos de importantes disertaciones impartidas por ilustres conocedores de muchos secretos de nuestra historia local.

José Ignacio estuvo muy próximo al desarrollo del Ciclo y de las Conmemoraciones y publicó bastantes artículos sobre el tema en la prensa donostiarra de la época. Hemos releído y seleccionado algunos de sus críticos trabajos:

*“Los difíciles días de la paz”*

*“Las horas históricas de San Sebastián”.*

*“Los escritos perduran. Un loable acuerdo del Ayuntamiento donostiarra”.*

*Etc.*

Estos son los títulos de algunos de estos artículos en los que glosa y comenta el significado y fin de las celebraciones.

Decía:

*“No todo ha concluido, en las fiestas conmemorativas donostiarras que acabamos de celebrar con los fuegos artificiales o con el arribar de la bandera. Hay algo que queda; el esfuerzo de signo cultural por mantener o recuperar conciencia histórica. A ello han contribuido las selectas conferencias y publicaciones patrocinadas por el Ayuntamiento de la Ciudad.”*

Esta misma idea y conclusión la reiteró en otros comentarios:

José Ignacio opinaba en otro de sus artículos:

*“Mientras repaso con morosidad las publicaciones referentes a la Historia de San Sebastián, patrocinadas por el Ayuntamiento de la Ciudad, inevitablemente me viene a los labios el viejo adagio latino: “Verba volant, scripta manent”. Las palabras vuelan o se las lleva el viento; los escritos perduran.”*

El estudio de cualquier tema histórico, la investigación profunda y responsable en el vasto campo de la Historia, fue siempre el objetivo final de José Ignacio Tellechea, historiador.

Sin embargo, permanentemente le interesó, apasionadamente, al margen de otros temas importantísimos sobre los que trabajó incansable y de los que hablarán, con mucha más autoridad, los doctores historiadores que me seguirán en el uso de la palabra, **la historia de su País, de su Ciudad.**

Este fue el motivo de que, al finalizar las Conmemoraciones citadas, surgiera entre sus proyectos, entre nuestros proyectos, –me atrevería a decir–, el Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra.

Don Ricardo de Izaguirre Epalza, publicista o “un donostiarra de 1902”, –como el se denominaba–, planteó ante la Comisión de Gipuzkoa de la R.S.B.A.P. la creación del citado Grupo. La Junta aprobó su propuesta el 2 de Enero de 1964, y sus Estatutos, como filial de la Sociedad, se ratificaron oficialmente en Enero de 1966.

Todos Vds. conocen perfectamente la ingente labor realizada por José Ignacio desde la Presidencia y la Dirección de dicho grupo investigador.

En Junio de 1967 aparecía el primer tomo del llamado “*Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*”, órgano del Grupo Dr. Camino, más tarde Instituto Dr. Camino, y que lo encabezaba un artículo de José Ignacio Tellechea Idígoras, Presidente del Grupo y Director del Boletín hasta el fin de sus días. Lo titulaba “San Sebastián, Rompeolas Histórico” y en él declaraba inicial y literalmente:

**“El Grupo Dr. Camino, filial de la R.S.B.A.P., se ha propuesto entre sus finalidades principales la de fomentar la investigación de la Historia donostiarra”.**

Al final exponía su proyecto y su ferviente deseo “*La creación en la Provincia de grupos similares de historia*, y que algún día, bajo el ancho manto de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, podrán culminar en el nacimiento de una amplia familia de historiadores, cuyo patronato correspondería a nuestro historiador guipuzcoano Esteban de Garibay”.

Todos conocéis los increíbles logros de aquel ambicioso proyecto.

Con el importante y generoso mecenazgo de la Caja de Ahorros Municipal al principio y de la Kutxa de Gipuzkoa posteriormente, José Ignacio ideó, promovió, impulsó y dirigió la edición y publicación de numerosísimos trabajos y estudios sobre nuestra historia.

- 41 Boletines anuales.
- La Colección “Temas Donostiarras, con 36 Títulos.
- La Colección “Monografías”, recogiendo hasta 58 interesantísimos trabajos.

Estimamos, y así debemos decirlo, que tan magnífica tarea no ha sido considerada ni tenida en cuenta en numerosas ocasiones por quienes no tenían que olvidar el ayer de nuestra Ciudad, y los puntos importantes de su pasado.

Es por estos mismos años, 1964 y siguientes, cuando el inolvidable Don Álvaro del Valle y de Lersundi, Amigo del País por excelencia, alma mater de la Sociedad Bascongada, nos acogió en la misma como Amigos Supernumerarios.

Todavía regía en sus Estatutos, más adelante reformados, el “Númerus Clausus”: Ocho Amigos de Número por Comisión.

Álvaro, trabajador incansable, caballero ilustrado y tradicional, resistente al frío casi permanente de aquellos rincones, más bien inhóspitos, que fueron sedes de la Sociedad en el viejo San Telmo, pensó que podíamos ayudarle en sus tareas. Así ingresó en la Sociedad el Amigo José Ignacio, y también quien os habla, recordando siempre aquélla ilusionante incorporación.

Cada uno en su terreno, José Ignacio, investigando y reconstruyendo la Historia de los Amigos del País, sus orígenes y sus obras.

Por nuestra parte, apoyando y actualizando, en la medida de mis conocimientos, su organización, su desarrollo, su regulación, su posible futuro...

El gran trabajo de José Ignacio en la Sociedad Bascongada ha sido público y notorio, y no precisa de una descripción extensa, y que es imposible, además, por los límites de tiempo que me han sido fijados lógicamente por el coordinador del Acto, pero no puedo prescindir de señalar y hacer mención expresa de tres puntos muy concretos y relevantes:

**El Boletín, la reedición de los Extractos y la promoción y organización de los sorprendentes Seminarios de Historia de la Sociedad.**

- Sobre su participación en el acreditado y veteranísimo Boletín ya les ha hablado con la máxima autoridad que le corresponde, su colaboradora y sucesora en las tareas de Dirección de dicha publicación, la gran historiadora y excelente Amiga, María Rosa Ayerbe.

José Ignacio, desde su nombramiento como Amigo Supernumerario, comenzó a publicar sus interesantes trabajos en el Boletín.

Durante los periodos de Dirección de Gonzalo Manso de Zúñiga, y de su sucesor Julián Martínez Ruiz, intervenía activamente en el Consejo o Comité de Redacción, asumiendo finalmente el puesto de Director en 1993.

- Otro de sus trabajos importante y extraordinariamente meritorios fue su labor de coordinación, con la gran ayuda del Amigo Juan Antonio Garmendia Elósegui, en la edición facsímil de los antiguos y fundamentales documentos



de la Sociedad Bascongada: Ensayo; Estatutos y Reglamento, Reuniones de Actas (1773 a 1781); Extractos de 1771 a 1793. Once tomos, más uno adicional, que incluía el “Catalogo General de individuos de la R.S.B.A.P.”, de Julián Martínez Ruiz, el “Índice de Personas, Materias y Lugares”, de Maria Camino Urdiain y la amplísima Bibliografía sobre la Sociedad preparada por el propio José Ignacio.

Dicha edición se efectuó como aportación a la Conmemoración del II Centenario de la muerte del fundador. Don Xabier M<sup>a</sup> de Munibe e Idiaquez (Conde de Peñaforida).

La edición, por unas u otras razones se retrasaba, y siempre recordaré el interés permanente, la preocupación, desde Roma, desde Salamanca o desde San Sebastián, que mostraba sobre tales problemas al Amigo José Ignacio.

He de terminar, pero no puedo silenciar una realización importantísima, trascendental me atrevería a calificar, de José Ignacio en esta Tercera Época de la R.S.B.A.P.: **Los Seminarios de Historia de la Sociedad.**

Todos los recordareis.

- ❖ El I Seminario, Octubre de 1985, celebrado en S.S., con el patrocinio precisamente de esta Diputación Foral de Gipuzkoa, que siempre colaboró en la organización de los siguientes.
- ❖ El II Seminario, Diciembre de 1988, bajo el título genérico de “Hombres de la Bascongada”, también desarrollado en esta Ciudad de S.S.
- ❖ El III Seminario, fruto indudable de una Ponencia, presentada por José Ignacio Tellechea en el Seminario precedente, y que estudiaba cuanto se refería a los Socios de la R.S.B.A.P. en el México del Siglo XVIII, se celebró también en S.S. en Abril de 1991. Fue patrocinado por la Fundación Banco Bilbao Vizcaya, y en él se estudió en profundidad “La R.S.B.A.P. y América”.
- ❖ Como continuación necesaria, precisa e inolvidable del tercer Seminario, la Ciudad de México fue la sede del IV Seminario. Tuvo lugar en septiembre de 1993 y se dedicó específicamente al estudio en profundidad de la labor desarrollada por la Sociedad en el México del Siglo XVIII. Sorprendentemente los Socios de la Bascongada en aquella delegación mejicana y en aquel siglo eran más de quinientos. Así lo confirmó con el máximo detalle y en un estudio perfecto la Amiga Cristina Torales, de la Universidad Ibero-Americana, presentado en la Universidad Holandesa de Leiden, como tesis doctoral.

El germen y origen de la importante investigación histórica, contenido del Seminario de México, fue la inmensa labor efectuada previamente por José Ignacio en los archivos existentes en el antiguo Colegio de las Vizcaínas.

- ❖ El V Seminario, celebrado en San Sebastián en Octubre de 1996, dirigía su mirada investigadora a Europa. “La R.S.B.A.P. y Europa” fue su título y su coordinación correspondió a las Amigas Montserrat Gárate y Guadalupe Rubio.
- ❖ Podemos considerar como una continuación directa de estos primeros Seminarios, los denominados “Seminarios Peñaflores”, magníficamente organizados en Toulouse en 2000 y 2003, bajo la dirección acertadísima del Amigo, Profesor Risco, y en los que se tributó homenaje a José Ignacio Tellechea, reconociendo su exhaustivo e inmenso trabajo sobre la Historia de la Bascongada.
- ❖ Tras resaltar simplemente, pues no puedo dedicarle el espacio y tiempo que exige y merece, la constante y firme presencia de las ideas de Tellechea, su Presidente de Honor, durante el Congreso Internacional “Ilustración, Ilustraciones” (Palacio de Insausti y Bergara (14-17 de Noviembre de 2007) y que ha supuesto la presentación y lanzamiento definitivo del “Instituto Xabier María de Munibe de Estudios del Siglo XVIII”, sólo me resta dedicar mi recuerdo más sentido y fraterno a tan buen Amigo.

Recuerdo, –todos sus Amigos recordamos y recordaremos–, a José Ignacio fiel y riguroso Historiador.

Al regreso de sus numerosos viajes y estancias académicas en Roma o en Salamanca, –siempre con su parada obligada y breve en el Archivo de Simancas–, y en el primer encuentro con el amigo, surgía su entusiasta información:

“He encontrado un documento que aclara o confirma que...”.

Tras la nueva noticia quedaba siempre patente su vocación de investigador notable.

Adiós José Ignacio. Estoy firmemente convencido que nos seguirás inspirando, a la Sociedad y a cada uno de nosotros, ideas claras y evidentes sobre el origen, el fin y el futuro de esta Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

*José María Aycart*



Panorámica del Acto. En primera línea la familia de José Ignacio

«JOSÉ IGNACIO TELLETXEA Y LA IGLESIA»  
HOMENAJE EN LA DIPUTACIÓN FORAL DE GIPUZKOA

*Diputatu Nagusia, Donostiako Gotzain ohia, Euskal Herriaren Adiskideen Elkartearen Buru, Jose Inazioren etxeko, lagun, bazkide, ikasle eta zale:*

*Telletxea, Gipuzkoako apaiza, historia arloan ikertzaile bikaina izan da. Bere entzutea oso zabaldurik dago nazioarteko ikertzaileen artean. Bere lan eta arduen anima elizarekiko maitasuna izan da. Etxean zurgatu zuen elizkortasun hau. Gasteizko Seminarioan, sendotu. Erroman, zabaldu. Elizaren Kontzilio ondorengo gorabeheretan, garbitu. Salamankan, ikasleen artean, adierazi. Gaixo aldian, probatu. Heriotza unean, aitortu.*

El amor a la Iglesia de Cristo constituye una de las dimensiones esenciales de este gran historiador de talla internacional que fue José Ignacio

Telletxea Idígoras. Sin esta clave no es posible comprender ni los trabajos que emprendió ni el sesgo que supo darles.

De cuna le venía a José Ignacio su adhesión eclesial. A los seis meses de su nacimiento fue llevado por su madre a los pies de su santo Patrón, Ignacio de Loiola. Respiró el límpido aire del amor a la Iglesia en su querido Seminario de Vitoria, en el que tantos aprendimos a mirarla incluso con un cierto idealismo juvenil que nos ocultaba sus manchas y sus arrugas.

Recién ingresado en el Seminario, tuve la suerte de tener como profesor de Música al estudiante teólogo José Ignacio. No teníamos, aquel grupo de vocaciones tardías (yo era el más joven), demasiada afición al solfeo, aunque él consiguió enseñarnos a medir, a llevar el compás y a aprender los rudimentos. Pero lo más sabroso para nosotros eran los 10 minutos que dedicaba a explicarnos los acontecimientos eclesiales más relevantes de Europa, a los que tenía acceso a través de las publicaciones y revistas católicas extranjeras de alta calidad. Esos minutos eran un delicioso bocado y un balcón abierto a la catolicidad.

Realizados sus estudios en la Universidad Gregoriana y tras una época delicada al frente del Seminario de San Sebastián, comienza su vida de docencia universitaria. Salamanca es su cátedra principal. Una multitud de alumnos, admiradores de su saber y de su pedagogía, percibían el «*affectus ecclesialis*» que destilaban sus clases. Sentían cuánto y cómo quería aquel hombre a su Iglesia, cuyas grandezas y miserias a lo largo de los siglos le tocaba desplegar. En mis años de Obispo de Zamora tuve la ocasión de comprobar cómo, a su edad, era querido y admirado por sus alumnos. Los alumnos del Hispano, en el que habitó muchos años, nutrieron la fe y la eclesialidad de aquel sacerdote de cuerpo entero que se sentía responsable de ellos. Tengo testimonios directos que avalan esta última afirmación. Telletxea era un ilustre residente que, con su saber y su trato sencillo y cercano, daba luz, calidez y paz en aquella casa estudiantil.

El amor a la Iglesia le fue dictando sus preferencias investigadoras. Fray Bartolomé Carranza fue, sin duda, el centro de su atención. Pero su estudio no era pura curiosidad intelectual. Él pretendía rehabilitar su figura de creyente y pastor para la posteridad. La misma intención rehabilitadora le llevó a investigar la vida de la Madre Rafols, fundadora de las Hijas de la Caridad de Santa Anta, tan entrañadas y entrañables en nuestra diócesis. La M. Rafols, testigo de la caridad suma durante el sitio de Zaragoza, apareció bajo su pluma en su verdadera luz. Telletxea le abrió el camino hacia los altares. Fue beatificada en 1994.

Si hay una obra de José Ignacio que ha adquirido admiración universal, es ésta: «Ignacio de Loiola, solo y a pie», traducida a las principales lenguas del planeta. El P. Arrupe le dijo al autor: «La he leído una y otra vez y es una de las más bellas biografías de San Ignacio». Este libro ha hecho un inmenso bien. Yo soy particularmente devoto de las 40 ó 50 páginas acerca de la conversión de Iñigo. Son una descripción históricamente rigurosa y un monumento a la psicología de la conversión. Este mismo año se lo regalé, en la capilla de la Conversión, a todos mis condiscípulos de bachillerato.

Teilhard de Chardin nos dice en «El médico divino» que «la misión cristiana consiste en divinizar nuestras actividades y nuestras pasividades». José Ignacio conoció la pasividad en muchas formas, pero en ninguna tan dolorosa como la enfermedad. En una, tuvimos todos el alma en vilo porque creíamos que se iba. Salió milagrosamente entero. En la última, soportó los dolores de un herpes que puso a prueba su paciencia. «Se puede tolerar», respondía. Casi a hurtadillas, siempre que podía, rezaba el Oficio Divino, la oración de la Iglesia, la oración por la Iglesia. Lo más intolerable de estos estados era para él no poder trabajar y dar forma a decenas de libros y artículos soñados. Cuando llegó la hora de entregar su vida al Creador y Salvador, la muerte lo encontró maduro para depositar toda su confianza en el Señor de la Vida. Sus despojos fueron depositados en tierra desnuda, junto a los de sus padres, por voluntad de José Ignacio.

José Ignacio acariciaba los libros como a seres vivos y queridos. En sucesivas entregas los fue dejando para la Biblioteca del Seminario de San Sebastián, que pronto dedicará a su memoria una Sala presidida por su retrato, pintado por Enrique Albizu.

Felizmente, alumnos muy queridos están realizando un trabajo ímprobo para perpetuar su memoria y su obra. Siempre la obra de un hombre grande consiste en engendrar en el espíritu a una nueva generación que siga la ruta abierta por él. También José Ignacio ha tenido esta capacidad y esta dicha.

*Jose Inazioren etxeko, ikasle, mireste eta lagunak bildu gara Diputazio honetan berari ondo merezia duen omenaldia ematera. Bakoitzak bere arloan ikas beza beregandik lanak, ardurak, lorpenak eta etsipenak elizarekiko maitasun argi eta bero batez igurzten.*

† Joan Maria Uriarte  
Donostiako Gotzaina / Obispo de San Sebastián

*HOMENAJE A DON JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS*

Fue con un placer muy especial que recibí tan amable invitación a participar en este acto conmemorativo y contribuir con algunas palabras de gratitud y admiración por lo que tantos debemos a don José Ignacio. Ahora lamento no poder estar presente con Vds. *in propria persona* debido a la fuerte nevada que en las últimas horas ha cerrado el aeropuerto de Heathrow y cortado las comunicaciones con Oxford, donde vivo. Ofrezco mis gracias muy sinceras a quien lee ahora de mi parte el texto que iba a presentar.

Hace ya muchos años que escribí a don Ignacio pidiéndole que me permitiera venir a verle aquí en esta ciudad para buscar sus consejos sobre temas que yo investigaba y sobre los cuales él había escrito —como siempre— con una autoridad magistral. Me recibió con toda bondad y con su generosidad acostumbrada. A lo largo de los años que siguieron, sus obras han sido para mí una fuente inagotable de informaciones, de revelaciones, de nuevas orientaciones, y de inspiración.

Vino a vernos dos veces en Oxford: la primera vez cuando tuve el honor de invitarle a dar una conferencia en mi facultad, y la segunda, en 2001, cuando vino a abrir un simposio bajo los auspicios de mi *college* de Christ Church, organizado por mi colega, el doctor John Edwards, con mi colaboración. Se mostró agradecido por estas invitaciones y para nosotros era un honor muy especial dar la bienvenida a quien era uno de los investigadores más sobresalientes de la Península, e incluso más: uno de los eruditos de máximo relieve de nuestra época. Lo que tanto impresionó a todos era no sólo el interés y la importancia de lo que dijo en sus conferencias sino también su cordialidad personal y su dedicación total y entusiasta a la vida de investigación intelectual.

En esto nos ha dejado un ejemplo sin igual y, diría yo, inigualable. Tenía la profunda convicción de que la verdad es algo que hay que conquistar personalmente. Empleó la misma palabra en su Lección inaugural del curso académico de 1984 en la Universidad Pontificia de Salamanca cuando escribió que ‘he trabajado denodadamente en solitario, haciéndolo personalmente todo, desde las labores mecánicas [...] hasta las que requieren más preparación’. Tuvo solamente un colaborador —su querido padre, a partir de la jubilación de éste a los setenta y dos años hasta los noventa: colaborador ‘tan desinteresado cuanto entusiasta y fiel’, como escribió.

La base de las labores casi faraónicas de don Ignacio era un sistema de valores y prioridades bien claras. Se preocupaba muy poco por las rutinarias



Participantes en el Homenaje. De izda. a dcha.: Ronald Truman, Xoán Manuel Neira, Rosa Ayerbe, Lorenzo Goikoetxea, Markel Olano, Juan Mª Uriarte, José Mª Urkia, José María Aycart y José Mª Echarri

ambiciones profesionales del mundo académico. Lo que sí importaba para él era la búsqueda de la verdad histórica, tantas veces distorsionada, y la noble tarea de educar a la gente joven. Hizo suyas algunas palabras de don Gregorio Marañón:

‘Lo que importa es enseñar modos. Modos de conducta, modos de aprender, que no es recibir los hechos y prenderlos en la memoria, sino saberlos buscar por uno mismo (así vuelve el mismo tema), saber criticarlos. Dudar de ellos cuando es preciso y, acaso, prescindir aiosamente de lo que parecía verdad’.

Y a todo eso añade don Ignacio por propia cuenta:

‘[ir con] espíritu de curiosidad, de búsqueda empeñada y creadora, hermosas pautas que he procurado seguir en mi vida’.

Me atrevo a insistir en esto: ‘un espíritu –una vida– de búsqueda empeñada y creadora’. Dedicarse a una incansable búsqueda de nuevos documentos, de nuevos testimonios, esto era siempre lo primario para don Ignacio. Tenía la

convicción de que siempre había más cosas que descubrir, más cosas que tener en cuenta, más cosas que relacionar entre sí, y era de tal modo que llegó a crear nada menos que un nuevo paisaje histórico e intelectual de la España del siglo XVI, ese siglo sobre todo. Tengo en la memoria documentos publicados por él que han revelado nuevas perspectivas de suma importancia para mis propias investigaciones. Recuerdo lo que me dijo hace poco mi colega de Oxford de lo importantes que han sido los análisis y las transcripciones de don Ignacio para el libro que está preparando sobre la reina María Tudor, hija de Catalina de Aragón y esposa de Felipe II: proyecto para el cual, me dice, maneja esos documentos diariamente. Y ¿cómo no ponderar los elogios que le tributó a don Ignacio el gran erudito francés Marcel Bataillon, director del Collège de France en París y máxima autoridad en todo lo que se refiere a la historia religiosa e intelectual de la España de aquel siglo XVI? Escribiendo de los dos tomos de estudios que publicó don Ignacio bajo el título de *El arzobispo Carranza y su tiempo*, dice:

‘No conozco otra obra que ilumine tan sobria y eficazmente, con escrupulosa erudición, las interioridades de la España de Carlos V y su final crisis religiosa’.

Refiriéndose a otro estudio de don Ignacio en otro libro, comenta que ‘una vez más el dominar totalmente la documentación del proceso de Carranza [es decir, con sus 22 volúmenes y miles de páginas] permite al historiador dar con <la clave del misterio>’ de la materia examinada. Se trata aquí, dice, de un ‘magistral estudio acerca de la <psicología de la Inquisición>’. Palabras de oro, todas éstas, fáciles de multiplicar, escritas por un erudito de primerísimo rango poco dispuesto a derrochar sus alabanzas. Era un acto de reconocimiento y estima intelectual que él confería en muy pocos.

Sin embargo, nos es forzoso reconocer que don Ignacio no recibió en todos los sectores de la república de letras todo el reconocimiento que merecía. Tuvo sus momentos de cansancio y desánimo, como se ve en su ‘Lección inaugural’ de 1984 en Salamanca, que ya he mencionado. Varias cosas contribuyeron a esto, entre ellas la grave enfermedad que sufrió a principios de los años ’80. Volviendo la mirada a los largos años que había dedicado a los diecisiete años del proceso del arzobispo Carranza, en Valladolid y después en Roma, escribió:

‘Comienzo a pensar que se me escapa la vida, que el viejo sueño de [mis] veintitrés años no ve próxima la meta. Quise construir un monumento y me he quedado en la fase de fabricar ladrillos y de tallar sus piedras’.

Pero, en realidad, siguió creando aquel monumento: no sólo el monumento que erigió a la memoria de Carranza sino también –se nos permite decirlo–



el suyo: un monumento como muy pocos. Recobró fuerzas y ánimo, y, ya entrado el nuevo siglo, todavía insistía en que ‘anchos espacios de mi espíritu están poblados ahora mismo de proyectos’. Más de una vez rememoró las palabras de Menéndez Pelayo: ‘Qué pena morir, cuando queda tanto por leer!’. Y eso con los maravillosos ojos suyos!

Es innegable, creo, que aquella inagotable curiosidad, aquel incansable ahínco, aquel deseo de poner a la luz del día documentos muchas veces arrinconados en archivos desde siglos, le impidió darnos el estudio sinóptico y a gran escala de la historia religiosa e intelectual del siglo XVI que sólo él hubiera podido escribir. Tanto más importante, por consiguiente, resulta el papel que desempeñará la nueva Fundación ‘José Ignacio Tellechea’ que se establece ahora en su memoria y en su honor, eso sí, pero también con el propósito de difundir sus obras y en cierto sentido prolongar su presencia y su actividad entre nosotros, llevando más adelante los proyectos que él se proponía. Claro está que esto no se limita de ninguna manera a lo que se refiere a Carranza y la historia espiritual del siglo XVI sino que abarca también los otros campos a los que don Ignacio dedicó su interés, su entusiasmo, y, como siempre, su prodigiosa actividad: El tema vasco y Miguel de Unamuno. Ya tenemos los primeros volúmenes, dignos de toda admiración, de la colección ‘Tiempos Recios’. Prometen tantas buenas cosas más, en todos estos campos. Para el gran proyecto, de tanta importancia desde todos los puntos de vista, mi colega de Oxford y yo deseamos todo éxito. Mis gracias a todos Vds.

*Ronald Truman*  
Universidad de Oxford

*LA FUNDACIÓN JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS:  
UN ESPACIO PARA EL MEMORIAL DEL MAESTRO*

**Un memorial: un acto de celebración**

Quisiera empezar esta muy breve reflexión sobre un término, que me gustaría que tuviéramos claro esta tarde. Estamos haciendo una memoria de don José Ignacio, un memorial. El memorial implica un acto de celebración, y toda celebración es una actualización de lo que se celebra. En la tradición judeocristiana, el memorial tiene tres partes destacables: pasado, presente y

futuro. En el pasado bebemos, en el presente lo actualizamos y en el futuro depositamos toda esperanza para llevarlo a cabo. El futuro normalmente se concretiza en proyectos, y es mi cometido, como presidente de la Fundación Tellechea, concretizar esos proyectos de futuro y la visión esperanzada en esos proyectos; siempre bebiendo desde un pasado que es don José Ignacio Tellechea, en su vida y su obra. Porque su vida es lo más significativo, dado que es el marco en que se va a desenvolver su obra.

Deseo ahora hablar de los proyectos que sostienen y dan sentido a la Fundación que yo dirijo. El pilar de esta Fundación es la vida y obra de don José Ignacio; y viceversa, la vida y obra de la Fundación será don José Ignacio Tellechea. Éste es un proyecto que se gestó en vida del profesor Tellechea. Él no pudo llegar a conocer todo el alcance de todo lo que teníamos entre manos, pero sí algunas cosas que se iban desarrollando. Desde la habitación de Hospital de San Sebastián, convertida en un verdadero estudio, él pudo marcar directrices de los proyectos futuros. Yo mismo le comuniqué, a plena satisfacción suya, y días antes de fallecer, la concreción de ciertos proyectos que se estaban materializando en lugares como Toledo. Él pudo comprobar cómo todo esto implicaba la continuación de su memoria, de su trabajo, de su estudio, en particular el más grande y significativo de todos: la figura del Arzobispo Carranza y el estudio y edición de todo el proceso inquisitorial.

Queda, después de su muerte, todo un legado que él mismo me entrega y me transmite en condición de discípulo más cercano. Queda en mis manos el relevo que recojo, que no es sólo estudio, edición y continuación de conquistas de investigación, sino también, y sobre todo, un legado humano presente en su familia, sus amigos, sus personas más cercanas y queridas. Este relevo se ha plasmado sobre todo en el Proyecto de la Fundación, que tiene su razón de ser en la persona y obra de don José Ignacio, pero que tiene su impulso y razón de existir en todas las personas que le quisieron y siguieron. En otras palabras, sin estas personas –en especial, familia y amigos– no habría sido posible la Fundación José Ignacio Tellechea. Y como consecuencia de todo esto, instituciones como Kutxa, Gobierno Vasco, Diputación, se han puesto a disposición para colaborar y dar vida a los proyectos que la Fundación ha planteado.

### **Vida y obra: dos puntos de referencia**

Como señalé antes, la Fundación José Ignacio Tellechea tendrá dos puntos de referencia: la vida y la obra. La Fundación deberá seguir y reflejar fielmente lo que fue la vida de don José Ignacio y lo que fue su obra. La vida nos va a

llevar a la persona que, ciertamente, es un baluarte de valores y una referencia humana e intelectual. Y su obra, de la que es imprescindible desplegar un método, una realidad científica y unos principios del todo innovadores. Ambas, vida y obra, proyecto personal enriquecedor y aportación intelectual original y relevante, se imbrican de tal modo que puedo decir que nos encontramos ante uno de los grandes intelectuales españoles del siglo XX.

### **Vida del maestro = vida de la Fundación: principios y filosofía**

Los principios de la Fundación se sostienen en este marco personal e intelectual al que me vengo refiriendo. Quiere esto decir que los principios de la Fundación son los que él siempre siguió: búsqueda de la verdad a través de las fuentes documentales que siempre hay que poner delante y sacar a la luz, indagación en la historia desde el principio de la reconciliación con el pasado haciendo justicia desde el proyecto presente, la actitud continua de escucha y de apertura, la duda metódica como principio de interpretación de las fuentes, el ejercicio de conciencia donde verdad y fe van de la mano, y finalmente, la búsqueda del sentido que los hechos pasados ofrecen al proyecto presente. En suma, su condición de sacerdote —de la que luego hablaré— aporta una aproximación científica enriquecedora a la vez que original: don José Ignacio es un hombre de palabra, apegado a la palabra como testimonio y como documento, oyente fiel y objetivo de la palabra, receptor sopesado y reflexivo que pone la palabra en la balanza de la conciencia escrutadora de la verdad buscando el punto medio de la justicia; todo ello, para, en el afán trascendente de la fe y la verdad, encontrar un sentido a las cosas que sucedieron y que siguen marcando una acción futura.

La filosofía de la Fundación se sostiene en tres pilares fundamentales que tienen su origen en la biografía y proyecto vital del maestro. Y son: verdad, método y servicio.

Por lo que se refiere a la *verdad*, ésta se convierte en el mensaje de la historia. Por eso, esa constante de búsqueda del maestro y ese leitmotiv de indagación en la verdad de la historia. Y esta búsqueda se manifiesta en varias constantes que a su vez se convierten en pilares fundamentales de su obra: la justicia en la historia y la defensa del débil, el trato personal que recibe la historia pero ligado a la duda razonable, la experiencia como espacio y lugar donde se desarrolla historia, la conciencia de la que la historia es maestra, la independencia interior y exterior como modo objetivo de estudiar los hechos. Tres ejemplos claros, en cuanto a la defensa del débil: el arzobispo Carranza, el doctor Molinos y Miguel de Unamuno; tres personajes que precisan de un

trato personal para indagar en su conciencia y ver cómo las circunstancias históricas actuaron con ellos de forma injusta. Todo porque José Ignacio practicó la independencia: no dejarse condicionar por las cosas –“el mundanal ruido” de que habla Fray Luis–, no servir a intereses que hacen de ti no ser auténtico sino hablar desde un personaje que te impide ser tú mismo; todas estas vicisitudes no hacen más que ensuciar la realidad de la verdad.

En lo que toca al *método*, éste es consecuencia directa de su sólida formación teológica, que proporciona al maestro dos dimensiones con las que observar la realidad de modo original, integral y objetivo. La primera dimensión viene de su formación bíblica como sacerdote; lo que trae como consecuencia que la historia se circunscriba al marco de la escritura histórica: el documento es lo único que nos queda y el punto del que debemos partir. La segunda dimensión viene como consecuencia directa de la lectura, y consiste en la exégesis de la historia desde una actitud trascendente. Entre una y otra dimensión, se despliega todo un camino de rigor científico que permite sacar de los documentos no sólo el valor objetivo del texto y el envolvente del contexto, sino sobre todo el sentido que tuvo en aquel momento y tiene ahora. Éstas son las positivas consecuencias de una mirada trascendente que busca un sentido y una razón de ser de las cosas. Pero la vocación de sacerdote nos devuelve otra dimensión realmente importante: no todo es ejercicio de la palabra y exégesis del mensaje, es necesario compadecerse con el texto y con las personas del texto; con *compadecerse* entendemos lo más etimológico: padecer con. Pero entendemos también lo más existencial y humano: compadecerse es interiorizar cada caso, vivirlo en la propia existencia, dejar que tal caso interpele continuamente los pilares de nuestra conciencia. Ahora bien, condición *sine qua non* de todo estudio es el esfuerzo y el trabajo. El valor principal que despliega el profesor Tellechea es, por encima de todos los señalados anteriormente, el trabajo; y éste será la referencia por la cual la Fundación se va a regir: será una institución de trabajo y de investigación.

Hemos hablado de la *verdad* y del *método* que él siguió y nosotros queremos seguir. El tercer pilar que sostendrá la Fundación Tellechea será la fidelidad extrema al maestro en una dimensión que también lo distinguía: el servicio. Don José Ignacio Tellechea, como hemos repetido varias veces, era un sacerdote, y lo que más distingue a un buen sacerdote es el *servicio* a los demás. El maestro era un hombre vocacionado, un auténtico servidor, y esto le viene por la condición de que era un hombre de Iglesia y un sacerdote. Un ejemplo ilustra claramente lo que estamos diciendo: en su cama tenía siempre al lado el breviario que él utilizaba; y en él hay material y anotaciones que él guardaba. Entre este material personal había su propia tarjeta de visita en la

que no aparecían grandes títulos, a pesar de que todos sabemos la gran talla intelectual que él tenía. En su tarjeta de visita sólo reza una palabra debajo del nombre: SACERDOTE. Eso era José Ignacio Tellechea. La Fundación Tellechea quiere seguir también este principio, pero aplicado a la persona y obra de José Ignacio.

### **Obra del maestro = obra de la Fundación**

Como hemos señalado antes hay dos fundamentos que distinguen al maestro y su obra: la verdad y la justicia. Éstos serán los principios de la Fundación, pero que tienen su origen y a su vez revierten en el estudio y seguimiento del maestro. Si él puso como premisa el documento, nosotros ponemos como condición el propio legado documental del maestro: su obra. Si él partió de la justicia como fundamento de su investigación, nosotros también hacemos justicia con el maestro en tanto queremos dar a conocer su talla y aportación intelectual. En consecuencia, si su campo de acción se extendió a Toledo, Salamanca y San Sebastián, los radios de acción de la propia Fundación serán estos tres lugares. Si su producción intelectual se aplicó a estos tres lugares, la misma Fundación desarrollará su cometido en estas tres ciudades. Toledo ocupa el contexto histórico de Bartolomé Carranza y los pensadores y espirituales del XVI español. En Toledo, por lo tanto, la Fundación propondrá escuela y escuelas para investigar sobre Carranza, creará una Cátedra José Ignacio Tellechea para los estudios carrancianos, impulsará proyectos de edición. De hecho, la misma Fundación tiene como cometido principal editar las *Obras Completas* de don José Ignacio Tellechea. En consecuencia, Toledo será el lugar donde se asiente la parte carranciana y espiritual del XVI de su obra completa. Tal sección llevaría como título *José Ignacio Tellechea: historiador ejemplar* y como subtítulo “Obra Completa carranciana y espiritual del siglo XVI; tendrá un volumen final de estudio de la persona como historiador. En cuanto a Salamanca, la Fundación impulsará la creación de un espacio académico que se podría configurar como cátedra para el estudio de la figura de Unamuno; en este espacio, se tratará de editar cuanto el maestro escribió sobre Unamuno, de modo que tendríamos otra sección de la obra completa que llevará por título *José Ignacio Tellechea: humanista ejemplar* con el subtítulo de “Obra completa unamuniana y de pensamiento”; al cual se le añadirá un volumen final de estudio de la persona como humanista. Por último, San Sebastián, será el espacio donde se estudie la figura de don José Ignacio Tellechea de hombre vasco ejemplar en diálogo con la realidad histórica vasca y universal. En este espacio, se editará la tercera sección de las obras completas que llevará por título *José Ignacio Tellechea:*

*Persona y vasco ejemplar* con el subtítulo de “Obra completa y personal”, con un volumen final de estudio centrado en la persona del maestro. Así tendremos las tres dimensiones más importantes: historiador, humanista, persona.

### **El mejor memorial: el ascenso al monte Mendaur**

El memorial, con el que comenzaba esta presentación, lo hacemos todos. Familia, amigos cercanos y conocidos han hecho y hacen posible que todo este proyecto de la Fundación siga adelante. Todos ellos han hecho vivo a José Ignacio proyectándolo como una realidad futura, siguiendo su ejemplo como el mejor modo de llegar a él y seguir estando en él.

Seguimos sumando esfuerzos con las instituciones que están dispuestas a colaborar. Instituciones como la Diputación, la Kutxa y el Gobierno vasco nos han acogido y ofrecido su colaboración y entusiasmo. Se une a ellos el Arzobispado de Toledo, que también quiere apoyar este proyecto. La Fundación Universitaria Española está también muy interesada pues el maestro ejerció allí gran parte de su investigación. Igualmente la Real Sociedad Bascongada de Amigos de País ha mostrado su disposición a colaborar con la Fundación Tellechea.

Al final de su vida, don José Ignacio nos proporcionó las directrices para seguir su larga andadura de trabajo: éstas consisten en la sencillez y la humildad ligadas al trabajo y el esfuerzo. Un hombre de la talla intelectual del profesor y sacerdote don José Ignacio Tellechea quiso yacer en el lugar más sencillo y humilde, esto es, en Ituren, con sus padres, en la sencillez y silencio del cementerio familiar. Desde su sepultura se levanta soberbio y magestuoso el monte Mendaur, coronado por la ermita de la Trinidad, aquella que había sido el germen y la fuerza de don José Ignacio. Cuando uno conoce Ituren y entra en contacto con sus habitantes, sabe que todos ellos profesan una devoción muy especial hacia ese monte, desde los pequeñitos hasta los mayores. Los niños miran al Mendaur, especialmente a la capillita, esperanzados de que llegue el día de subir a ella, porque es el lugar donde se hacen mayores y adultos. Y los mayores que ya no pueden subir, miran al Mendaur como el reflejo de toda su vida. Subir al Mendaur es esperanza conseguida, subir al Mendaur es un esfuerzo que viene siempre del trabajo del que José Ignacio es ejemplar testimonio, pero al mismo tiempo tal subida representa la humildad ante la historia que ya se vivió.

La Fundación pretende ser, siguiendo este símil, algo parecido a esta subida. Nos miramos como niños pequeñitos y nos proponemos con muchísima

esperanza subir al gigantesco monte que significa José Ignacio Tellechea; construido el monte José Ignacio Tellechea con valores y contenidos que él mismo nos legó. Tenemos esperanza, tenemos la colaboración y tenemos, sobre todo, su obra que representa la memoria de todo lo que hizo y que es testigo de la sencillez que el mismo profesó y nos enseñó. Con humildad, con sencillez, con esperanza subiremos al Mendaur que es un monte de trabajo y de esfuerzo.

*Xoán Manuel Neira Pérez*



*RECUERDOS DE JUVENTUD  
DE JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS*

Los últimos meses de vida de José Ignacio no fueron fáciles. Aquejado de su grave enfermedad, dolorido de su persistente herpes y acompañado de su hermana M<sup>a</sup> Ángeles y de los amigos que le visitaban en los hospitales y residencias que frecuentó, ocupó gran parte de su tiempo en recoger por escrito sus recuerdos de niñez y juventud, como testimonio de un pasado cuya impronta quedó firmemente grabada en su memoria.

En el último Boletín de la Sociedad (2008-2), y de la mano de Elena Alcorta, publicamos los mismos como testimonio vivo de un pasado no tan lejano en la vida de José Ignacio. Ahora, nuevamente, y de la mano de su hermana, volvemos a publicar sus recuerdos, que, unidos a los que reseñamos quienes expusimos su figura y obra en el homenaje que le brindó la Sociedad juntamente con la Diputación de Gipuzkoa, conforman una visión más atinada de la ingente figura de José Ignacio.



**Bei-Zai**

21-VIII-2007

Esta expresión me lleva a la infancia, a los 7, 8 años a Ituren, cuando en las tardes de verano pasábamos las horas cuidando las vacas mientras pastaban. De qué hablábamos, a qué jugábamos en tantas horas apacibles, en aquellos atardeceres veraniegos. Éramos Javier de Echeverría (Itzeberre), Jorgito y José Luis, ambos de Alchunea, la casa vecina de enfrente.

Eran algo menores que yo, muy poco. A veces en verano les daba clases con toda formalidad en el desván de Luisenea. Yo hacía de maestro. No recuerdo lo que les enseñaba, sí que interrumpía la escuela con la palabra mágica “Recreo”, y entonces bajábamos al portal a jugar a la pelota en un pequeño rincón.

*Bei-Zai*, cuidar las vacas. Es una expresión frecuente en la escuela. Cuando un niño faltaba o llegaba tarde, el maestro indefectiblemente le preguntaba donde había estado y el contestaba “cuidando las vacas”. Cuidarlas era mirarlas mientras pastaban para que no salieran de sus linderos, cosa que nunca hacían. Además, el cuidado de las vacas requería otra cosa cuando estaban trabajando, esto es, formando yuntas. El niño iba por delante haciendo



el camino. Por cierto, el dar la vuelta total para volver sobre sus pasos el grito era “*itzuli*”, dar la vuelta completa, nada que ver con la “vuelta” al País Vasco.

Ilunabarra era la hora de la retirada del ganado a su cuadra, tras beber en el pilón u otro lugar, y dejar el camino de vuelta bien provisto de sus abundantes residuos diarios fuertemente olorosos. Retirado y recogido el ganado, venía la operación del ordeño que lo hacían los mayores.

Acaso entonces llegaba la hora de un juego sencillo infantil. En castellano lo decíamos “de bules”. En euskera se decía *a poto pullas*. Mientras todos los demás niños se escondían en la cuadra, generalmente bajo la hierba cortada, había uno que con los ojos tapados cantaba algo que igualmente cantó mi padre de niño

*Kiliketan kalaketan, iruñeko portaletan bizi zate*

Bai edo ez, era la contestación de los que se escondían, denunciando ingenuamente con su voz el lugar donde se escondían. El último descubierto era el que se sucedía en el juego de la búsqueda.

Esto, y el columpio familiar, eran los juego preferidos. El columpio era un palo cruzado en una larga sog a que acababa cruzada en un hueco del techo.

Tendría que añadir a este relato de verano, dos pequeños detalles relacionados con ovejas.

Una vez, a uno que no recuerdo se le extravió una oveja en la cuesta de Buztin Iturri hacia Amezti a. Se nos hizo casi de noche y nos costó descubrirla, creo que nos ayudó el sonido de la campanilla que llevaba. Nombres: *kalanka*, *txilintxa*, *pulumpa*, conocí el gozo de la oveja perdida y hallada.

El segundo episodio era una ovejita cuyo bajo lanero quedó atrapado por un arbusto duro de manera que no le dejaba moverse; si intentaba moverse se atrapaba más. Costó mucho soltarlo, pero al final pudo retozar libre.

## **Doña Teresa**

25-VIII-07

Anita Garralda, mi querida amiga de infancia de Ituren, tan familiar en mi casa de Luisenea, me da la noticia: hace unos días ha muerto doña Teresa Eraso, un nombre mítico. Teresa Eraso era la jovencísima maestra de las niñas de Ituren, en un pequeño edificio anejo al ayuntamiento al que se subía por una pequeña escalera exterior.

Mi primer recuerdo es distante. Yo frecuentaba la escuela de los niños. Doña Teresa, así se llamará siempre, era muy seria, menudita, empuñaba con

sus manos su bicicleta. Al abrir la escuela todas las niñas le saludaban con un saludo de formalidad. Era muy respetada y querida, jamás tuvo problema escolar alguno.

Su doble viaje diario, mañana y tarde, en bicicleta le acercaba al pueblo, pausadamente, con cierta gravedad. Fue una gran educadora.

Mi relación con ella surgió a raíz de la guerra civil. Paco Tena, el buen maestro de los niños, tuvo que dejar el cargo porque adujo que era argentino para no ser movilizad. Por ello, doña Teresa hubo de encargarse temporalmente de toda la escuela. Creo que fue poco tiempo.

Por entonces, me preparaba yo para el ingreso en Bachillerato. Después del cierre de la escuela doña Teresa me daba clase particular, con ello aprobé el ingreso. Siempre me dijo que fui su alumno predilecto y brillantísimo.

Siempre la respeté y quise. La visitaba en su casa de Santesteban. Le llevaba algunos artículos míos, el San Ignacio... Ha debido morir nonagenaria. Le rindo tributo de gratitud. Fue una florecilla humilde y digna, querida y admirada de todos y una gran educadora.

### **Bernardo Domenzain**

11-11-2007

No lo conocí. Mi padre pronunciaba su nombre con respeto. Fue el mecenas que aportó a la escolita de Ituren una fundación de la que yo también me beneficié en mi infancia.

La escolita inolvidable de mis años 1935-37. Estaba situada en el camino de la Iglesia, cerca de Yoanea e Iruansonea, a la orilla misma de un regato que salía de madre los días de fuerte lluvia y crecidas que nos permitía amontonar barro en las orillas y hacer pequeñas presas donde retener embalsada el agua.

Era un pequeño edificio regular de cuatro lados, dos de ellos con ventanas y dos sin ellas: al frente el pupitre del profesor D. Paco Tena, sobrino del párroco D. Faustino Arbizu, hijo de su hermana Doña Luisa Arbizu, a quién abandonó su marido en Argentina dejándole dos hijos: Paco, que fue mi maestro, y Leopoldo. El primero, soltero de por vida, al que traté cariñosamente hasta el final de sus días, como secretario de Santesteban.

A la escuela de niños entrábamos mañana y tarde, con un espacio de recreo en cada turno. Los sábados barriamos la escuela con serrín humedecido y en invierno poníamos una estufa de leña en el centro de la escolita.

Los niños, mucho más que las niñas, faltaban a clase, porque en casa los empleaban en labores del campo, cuidar las vacas cuando pastaban o iban al campo delante de ellas cuando trabajaban en yuntas con el arado (goldía), acompañando a sus padres. Celebrábamos con devoción el mes de mayo, incluso en los años de supresión de crucifijos, presididos por un cuadro de la Inmaculada rodeado de clavelinas blancas muy olorosas que traíamos por turno.

Don Paco era serio, casi severo. A los niños rebeldes los castigaba con golpes de palmeta. El peor castigo era con los dedos en punta, pero eran muy raros.

Con todo, lo que yo quería dar a conocer era la fundación de Domenzain cuya fiesta o conmemoración se celebraba el día de su onomástica de San Bernardo, 20 de agosto.

Gracias a Don Bernardo los niños y niñas de Ituren tuvimos, en los años precedentes a la guerra, material escolar gratis: plumas, plumillas, tinta, papel, cuadernos, los libros (enciclopedia), mapas murales, la gran serie de los recortables de Paluzie de Barcelona en que aprendíamos la geografía de Europa recortando los mapas de las naciones y pegándolos en el cuaderno base.

Pero la joya de la corona era una caja roja que el maestro guardaba en un armario y que contenía una colección de distintas figuras geométricas en fina madera muy pulimentada. En ella aprendíamos su descripción: paralelogramos, pirámides, cono truncado. El colmo de un niño de escuela de ocho años era decir y saber lo que era un paralelepípedo. Honor y gratitud a don Bernardo Domenzain.

## **El Doctor Marañón**

12-9-2007

Lo conocí a través de mi querido amigo y algún día profesor Don Pablo Bilbao Aristegui. En las Navidades de 1955 le hablé con entusiasmo de mis hallazgos carrancianos en Roma y le llevé un trabajo recién editado, con la edición de un texto del Padre Maldonado sobre ocho manuscritos europeos. La cosa satisfizo al Doctor y le escribió a Pablo que se alegraba que un joven así se dedicase a Carranza.

Yo le visité por primera vez nada más ir a Madrid a dar mi curso en el Seminario Hispano-Americano. Sería a fines de febrero o principios de marzo de 1957. Me recibió en su casa de la Castellana, en un cuartito lleno de libros y con fuerte olor a madera antigua y noble. Lo que me ofuscó y conquistó no

fueron sus cinco Academias, sino su persona llana y sencilla que irradiaba simpatía. Todo fue liso y llano.

En esa primera entrevista me dijo que fuese a verle cuando quisiera, que sería siempre bien recibido y al instante.

Al año siguiente el trato era normal. Fui a visitarle por primera vez a finales de febrero, cuando mi ida a Madrid. En la tertulia le dije que tenía entre manos un trabajo al que no sabía qué destino darle: un folleto o pequeño libro, una conferencia o un artículo.

En el acto puso su mano en mi antebrazo y me dijo: “Usted nos dará una conferencia en la Academia de la Historia”. Yo tenía 29 años. Me asustó aquel pensamiento y lo rechacé, pero inútilmente.

Mi trabajo proyectado versaba sobre la muerte de Carlos V, que murió hacía 400 años. Como le acusaron a Carranza de profesar palabras luteranas, Carranza citó en el proceso en su defensa a todos los testigos de la muerte que le acompañaron. La información era preciosa y novedosa.

Tres o cuatro días después me llamo por teléfono al Seminario. Me dio el aviso el botones Santiaguito que, alborozado, me preguntó si Marañón era el del Real Madrid. Le dije sí y “díles a mis compañeros de mesa”, que celebraron el equívoco.

“Padre –así me llamó siempre– ya está todo arreglado. Nos dará la conferencia el 25 de abril, en el acto público en que celebraremos el Centenario”. Mi espanto subió de pronto.

Todavía unos días después me llamo: “Padre, tengo plena confianza en Usted, pero yo voy a hacer su presentación y quiero conocer su texto”. Se lo llevé al instante y quedó muy contento.

Y llegó el 25, me presentó, di cuenta de mi cometido y con éxito. Él quedó satisfechísimo, todos le felicitaban y él felicitó a los amigos que me acompañaban. Don Maximino Romero de Lema, José María Herrero, Javier Echenique, Melquíades Andrés...

Aquella misma noche me escribió una carta de su puño: “Le felicito de nuevo. Tiene Usted rendida a toda la Academia. Tenía junto a mi a Menéndez Pidal, que constantemente me decía al oído ¡que maravilla! Presente Usted su primer tomo sobre Carranza y yo contestaré a su discurso de ingreso en la Academia”. (Noche del 25 de abril de 1955).

El primer tomo lo acabé hacia 1961-62. Él lo tuvo en sus manos, me lo pidió y lo apretaba contra su regazo. Lo llevó a Toledo para leerlo el fin

de semana. Cuando fui para que me lo devolviera se armó una confusión, porque no lo encontraba en casa, sino que lo había olvidado en Toledo. Salió publicado en 1962, pero no lo llegó a ver. ¡Qué pena y qué pérdida para mí!

Entre 1957-62 se sitúan mis encuentros con él. Muchas veces le llevaba separatas de mis artículos. Siempre me escribía, aunque no fuese sino un par de líneas.

Una vez le vi emocionalmente alterado. Me trajo al cuartito en que le visitaba un libro contra Ortega del famoso dominico Padre (\*\*\*). Estaba irritado porque le llamaba filósofo hermafrodita. Particular mención merece el capítulo sobre Menéndez Pidal que lo dejo para más adelante.

La sorpresa cayó sobre mí, creo que en el mes de marzo. Yo había ido a Valencia a investigar sobre unos papeles de jesuitas del siglo XVI. Nada más llegar por la noche a la residencia sacerdotal de Trinquete de los Caballeros, me llevó en su topolino el Vicario Puchos, el futuro obispo de Santander. Manuel Cossío se asomó a las escaleras y me dijo: “ La radio anuncia que ha muerto Marañón”. A la mañana siguiente fui en avión de Valencia. Estuve largo rato junto a su cadáver: nadie me reconoció. Sorbí mi pena solo.

El entierro fue fabuloso, con una masa humana a ambos lados de la Castellana y avenidas siguientes. Recuerdo que fui codo con codo con Laín Entralgo, con quien conservé amistad hasta su muerte.

Tras la muerte de Don Gregorio conocí a su gran mujer, doña Lola. Para sorpresa mía le era familiar. Me regaló un paquete con separatas y un bloc con apuntes de mano de Marañón sobre Carranza.

Un día me preguntó si conocía a Gregorito (el hijo). Le dije que no. En el acto le llamó y me mandó a verle.

– Don Gregorio, usted no me conoce de nada.

– Pero qué cosas dice usted, Padre, usted es familiarísimo en mi casa. Sólo le voy a decir una cosa que usted no sabe. En un hombre como mi padre, de vida tan llena, es difícil que entren en su ámbito nuevas personas. Pues en los últimos años hay dos que han entrado de pleno en su corazón: Laín Entralgo y usted. Fíjese si me es conocido.

El hijo poseía la misma simpatía que su padre.

Alguna vez vi a Marañón en San Sebastián. Solía hospedarse en el María Cristina y hacía escapadas a Biarritz. Un verano quiso visitarme en Ituren con Don Juan Zaragüeta y Pedro José Irastorza. Se lo impidió una llamada médica. También quiso enseñarme Toledo, pero no hubo ocasión. Un día que di una

conferencia en el Seminario de Toledo me prometió venir a escucharme, pero no pude ser. ¡Qué número hubiese sido Marañón en el Seminario de Toledo escuchándole a un curita treintañero!

No sé si fue en vida suya o después, pude utilizar su coche para llevar a Toledo a su cigarral a Paula Merder, bellísima muchacha que fue Miss Pennsylvania. Vivía en el Colegio de la Almudena y era amiga de un rubito de Santander –estudiaba políticas– que un día la trajo a mí no sé por qué, porque quería ser católica. Era judía.

Era inteligentísima. La catequicé con la ayuda de lecturas. La ceremonia en el Hispano-Americano fue maravillosa. Las teresianas le regalaron para la misma un encaje blanco ancho que hizo las veces de vestido. Luego pasamos el día en el campo Paula –que añadió el nombre de María– su amigo y yo.

Todavía estuvo algún tiempo en Madrid. Terminó la carrera y se fue a Estados Unidos. Alguna vez me llamó por teléfono. 50 años después, me la encontré en Miami a mi paso por el país. Había engordado mucho por enfermedad, conservaba sus maravillosos ojos azules y su voz bien timbrada.

Se había casado con un Wilson, que estaba canceroso, y había adoptado dos niños ya crecidos, uno subnormal. Era feliz y dedicada por entero a obras sociales. Me dijo que nunca olvidó mi catequesis, que le orientó en su vida.

Por cierto, el chófer Arana, que nos llevó a los dos, me preguntó en el viaje qué estaba haciendo yo, pues le tenía chocho a su señor [Marañón], a quien en sus viajes le oía hablar a todo el mundo de mí con gran elogio. A raíz de su muerte, y en entrevista con doña Lola, me dijo que antes de morir empezó Don Gregorio a tener dificultades de habla y se daba cuenta de lo que le venía. Ella acudió al agustino que le confesaba y le previno. El agustino le comentó: La última vez que se confesó, me dijo: “No tengo más que motivos para dar mil gracias a Dios por todo lo que me ha dado. ¡qué pecados quiere que tenga!”. Así era Marañón.

### **Menéndez Pidal**

Fue Don Gregorio quién me puso en contacto con Don Ramón. La circunstancia fue muy singular. Había yo terminado en Roma –2 años– la transcripción de un amplísimo epistolario –más de 150 cartas largas– de Emilio José Leza a Rufino José Cuervo. Las encontré en la Biblioteca Marciana (San Marcos de Venecia) en una ocasión memorable.

La Semana de Pascua de 1955 aproveché la vacación para llevar a Venecia la réplica de la Virgen de Covadonga que encargó el cardenal Roncalli (de Venecia) al taller de las Misioneras de Gijón. Luego, enterado del caso por nosotros (Laboa y yo), se lo regaló el arzobispo de Oviedo Monseñor Laucirica. He de recordar que en julio de 1954 Laboa y yo acompañamos – mejor, llevamos– a Roncalli a San Sebastián, Pasajes, Loyola, Javier, Bilbao, Comillas, Covadonga, Mondoñedo, Lugo, Santiago (huéspedes del Cardenal Quiroga), Astorga, Salamanca, Avila, Valladolid, Burgo de Osma, Zaragoza, Montserrat, Barcelona y Junquera.

También tengo que recordar un detalle: curiosoando en los fondos de la Marciana topé con el nombre de Leza y recordé que, siendo adolescente, Don Luis Morales Oliver nos dio un curso intensivo de literatura –una semana entera– y cada vez que mencionaba el nombre de Cuervo, ponía los ojos en blanco. Era el gran filólogo colombiano **quien nos salía al paso**.

He de añadir, para completar, el hallazgo que tuvo lugar el último día de mi estancia en Venecia. Había pasado toda la semana encerrado, montando las piezas de la Virgen de Covadonga. Luego le ayudé al Cardenal a meter en armarios, en un gran salón del patriarcado, todos los libros que había recibido de la Nunciatura de Madrid. Él estaba conmigo y muchas veces se me acercaba para comentar la historia de cada libro. Hube de optar por procurar ocuparme de él e ir metiendo los libros a montón sin concierto. Al final, una noche, entre los dos ordenamos unos restos de la vieja biblioteca de Pío X en un pasillo que daba al dormitorio del antiguo Papa. Cuántas veces, cuando pasó por el Colegio Romano de la Inmigración, nos invitó: “venid a Venecia y os haré dormir en la cama de Pío X”.

Decía que el hallazgo fue mi último día en Venecia. Aquella mañana en el desayuno me dijo: “Lleva usted días sin salir, Venecia es precioso, tiene muchas cosas que ver”.

Salí después del desayuno, me encontré en la maravillosa Plaza de San Marcos. A los pocos metros descubrí un hermoso edificio con su inscripción ‘Biblioteca Marciana’. Mis planes turísticos se vinieron al suelo. Pasé toda la mañana en la biblioteca y descubrí muchas cosas. Cuando atravesé la plaza a zancadas, llegué al patriarcado justo al momento de sentarnos a la mesa.

– Cuénteme qué ha visto usted...

Con rubor tuve que confesar que nada más que la biblioteca Marciana. La cosa quedó grabada en la mente de Roncalli. Cuando pocos años después (1958) llamaba y preguntaba a Laboa por mí, siempre le comentaba, “¡ya

estará en alguna biblioteca, mira que venir a Venecia y meterse en una!”. Si pienso en los millones de turistas que pasan por Venecia, muy pocos entrarán en la Biblioteca Marciana.

Volvamos a Menéndez Pidal. En febrero de 1957 no sabía qué hacer con aquel fantástico epistolario de Cuervo y le consulté a Marañón. “Vaya Usted inmediatamente a Don Ramón, yo le hablaré de ello”. Y una tarde, tras cita previa, me acerqué por primera vez a aquella mansión, llena de libros, y tuve frente a mí a Don Ramón. La entrevista fue fácil. Cuervo había muerto en París en 1911, pero D. Ramón le había tratado. Era tan religioso que para recibir al viático se vistió de chaqué. Le produjo entusiasmo mi hallazgo e inmediatamente decidió que lo editaría por entregas, nada menos que en el Boletín de la Academia Española. Para cuando salió la última entrega Roncalli ya era Papa. Al publicar el epistolario entero, como separata me permitió añadirme una pequeña dedicatoria impresa. Más tarde tuve ocasión de entregarle en persona al Papa un pequeño libro encuadernado en seda blanca. Él se maravilló de la entrega y me dijo: “O sea, que aquel paso suyo por la Biblioteca sí fue fecundo”.

Cuervo fue la ocasión de mi encuentro con Menéndez Pidal. Fue llano y sencillo. Aceptó con entusiasmo mi oferta y prometió editarlo en el Boletín de la Academia. Al terminar la entrevista en el piso alto de su casa, no sé cómo me espetó: “le tengo mucha simpatía a Juan XXIII, más que a Pío XII”. Le conté mi relación con Juan XXIII y tuvimos una charla de una hora y quedamos definitivamente amigos.

Salió el artículo de Cuervo, tuvimos ocasiones de muchos encuentros. Uno de los motivos, el Padre Las Casas. Le llevé alguna corrección de un escrito suyo, que lo recibió con humildad y gratitud. Y más tarde las declaraciones de P. las Casas en el proceso de Carranza que fueron una revelación para él. Era un las Casas normal, con matices, y no en blanco y negro, con españoles e indios. Incorporó el hallazgo a su libro.

Muchas conversaciones tuvimos con el tiempo. Siguió con gran interés el Concilio y yo le informaba. En algún momento airado me dijo: “me voy a dar de baja del ABC”. Me hablaba con entusiasmo de un Manolín, sacerdote asturiano que fue catequista suyo, y en algún momento para apreciar la raigambre católica de su familia me habló de un pariente o abuelo que renunció a una magistratura por no jurar una Constitución<sup>1</sup>.

---

(1) Era su abuelo.



Fue invitado por el gobierno israelí a visitar el país y completar su recogida de cantos sefardíes. Le regalé unos evangelios como Baedeker<sup>2</sup> para el viaje. No recogió cantos sefardíes, pero vino impresionado de la visita a Cafarnaún. Entonces le descubrí el discurso del Pan de Vida de San Juan 6. Le impresionó que entre aquellas ruinas sonase la voz de Cristo.

En una ocasión, en un encuentro de tarde, se confesó conmigo. Y cuando sufrió su hemiplegia, según me dijo Jimena, no hacía más que decir: “yo haré todo lo que me diga el Padre Tellechea”.

Una tarde, antes de morir, y estando bien de la cabeza le dije: “Don Ramón, tengo un secreto y no quiero que lo ignore. La última vez que vi en vida D. Gregorio me dijo con mucha seriedad: No deje de la mano a Don Ramón. Si no ocurre una catástrofe, Don Ramón morirá en el seno de la Iglesia. Se emocionó visiblemente, me agarró con fuerza de las manos y dijo emocionado: “Gracias, muchas gracias”.

---

(2) Era expresión alemana significa “guía de viaje”.